

# Focos de incendio

## (Fragmentos)

Nicolás Calas

Traducción: Abel Riu

Enero 2014

*Nicolas Calas* seudónimo de Nicos Kalamaris (1907-1988), poeta y ensayista de origen griego, aunque nacido en Lausana, fue esencialmente un ciudadano del mundo que participó activamente y de manera sustancial en el movimiento surrealista. Él mismo se definió como «poeta, diagnosticador y polemista».

En el año 1938 publica, en la editorial Denoël de París, el libro titulado **Foyers d'incendie** (Focos de incendio) en un intento de realizar, en el amplio sentido, «un nuevo espíritu estético» que abarcaría el arte, la semiótica, la filosofía, incluso la física, pero sobre todo el psicoanálisis y la política desde un punto de vista marxiano.

Calas, igual que lo había hecho Bretón, toma como base de su estudio el freudomarxismo. Después del impacto de la revolución de 1917, Wilhem Reich se planteó la síntesis entre el psicoanálisis freudiano y el

*pensamiento de Marx. El origen de la neurosis en el ser humano lo produce el rechazo, violento para uno mismo, de las pulsiones sexuales en una sociedad basada en la represión. Por lo tanto la neurosis solo se podía superar, no mediante la aceptación de la sociedad, sino mediante la transformación de la realidad.*

*Si el sistema capitalista está en el origen de la neurosis, su cura solo puede venir por la revolución, por el fin de este sistema que nos impone un sobrevivir y el surgimiento de una nueva manera de vivir y organizarse en este mundo. Esto significa, en primer lugar el rechazo y la superación del complejo de Edipo, que acepta la represión como sustento de la cultura y, en segundo lugar, el rechazo de la pulsión de muerte. Freud, dice Calas, solo puso tardíamente a Thanatos frente a Eros como una concesión a la cultura burguesa para que esta lo aceptase.*

*Calas, en estos **Focos de incendio** propone que la sociedad debe superar un cierto estado social de cosas establecidas y hacer un nuevo esfuerzo de adaptación hacia una transformación social que haga posible un nuevo convivir. Para él la regresión, el retorno, se llama fascismo. La revolución significa un nuevo nacimiento.*

*Presentamos aquí tres cortos apartados de este largo e interesante libro que es **Foyers d'incendie**.*

## Focos de incendio

(fragmentos)

### LA ANGUSTIA DEL MUNDO ACTUAL

Una vez abolida la familia totémica, llegaremos a una suerte de regreso de una edad maternal. Esta segunda edad filogenética de la libido maternal, igual que en la segunda edad sexual del niño, no será una repetición exacta de la primera edad, presentará, no obstante, sorprendentes analogías con ésta. Esto se debe a que, gracias a la mitología, conocemos algo de esta época totémica, y porque inconscientemente regresamos a una nueva época de transición –que Engels denominó el fin de la prehistoria y que corresponde a la transformación del niño en hombre– en la que nos vemos empujados, sin saberlo, a mirar tanto hacia atrás como hacia adelante.

El organismo social debe separarse de un cierto estado y hacer un nuevo esfuerzo de adaptación.

Esta transformación no puede tener lugar sin un choque, y he aquí porque el trauma del nacimiento se encuentra reactualizado. Debemos separarnos de lo que nos tiene totalmente atados, el padre y su poder, el dinero. Es el dolor del nacer que regresa. Políticamente, se trata, como dijo Marx, de hacer todo lo posible para abreviar el dolor del nacimiento. El instinto de retorno reacciona violentamente. El mundo se aferra a los poderes del retorno a la familia, al padre, al dinero. El retorno se llama fascismo. Jamás la reacción fue tan poderosa, pues jamás la separación no será –y si la humanidad quiere vivir será– tan completa. El traumatismo social que actualmente se prepara es infinitamente más profundo de lo que lo fue en la época totémica. Entonces, el hombre había encontrado, en un sentimiento de ambivalencia, un compromiso con el padre. Pero actualmente, no puede haber ambivalencia, porque no se trata de llegar a un nuevo compromiso, sino de desembarazarse definitivamente del padre, superarlo, a él y a la ambivalencia que nos tiene aquí atados.

Jamás una evolución filogenética parecida ha tenido lugar en el mundo vivo, jamás la separación ha sido, en su intensidad, tan parecida a la separación primera, al acto del nacimiento. He aquí porqué el tema de la muerte se ha vuelto tan actual y los peligros de la muerte tan grandes. La revolución es un nuevo nacimiento, pero todo nacimiento puede matar a la madre. No lo olvidemos, la humanidad puede morir. Como dijo Engels, el proletariado puede fracasar en su tarea. No es preciso que la humanidad muera, ni que el instinto de retorno se realice filogenéticamente. De nada sirve decir que esto jamás llegó, tal vez sí llegó; ha llegado, algunas formas de vida han dejado de existir, la evolución ha sido engañada, el hombre puede dejar de existir, la evolución puede ser nuevamente burlada. Pero la vida no se detendrá, elegirá otro camino, tiene la eternidad por delante.

No puedo evitar pensar en el mundo tal como se nos presenta en este momento. Por todas partes domina la imagen de la destrucción; es el símbolo de la muerte. Cualquier pensamiento verdaderamente creativo es implacablemente perseguido, por todas partes se elevan los muros de la censura. Los seres que hacen avanzar el pensamiento, un Einstein, un Trotsky, un Freud, viven en el exilio, sus libros son quemados; en otra parte, en España, para que nazca un nuevo mundo, parece que toda la herencia del pasado debe perecer y si mañana estalla la guerra, el desastre español se reproducirá a escala mundial.

Algunas veces, me pregunto si el nacimiento de este mundo nuevo, este nacimiento que tantos millones de hombres reclaman e invocan con el gesto simbólico del puño alzado, que quiere arrancar de las entrañas de la madre un ser nuevo; me pregunto si este niño al cual llamamos no necesita ser protegido de una herencia muy bella, pero demasiado pesada para él. Tal vez, para revivir, la humanidad deberá olvidar tantas cosas que remiten al pasado, exactamente como el ser que, para revivir cuando nace olvida la vida intrauterina. La destrucción del pasado se convierte, entonces, en una necesidad. ¿Sería esto una explicación de esa felicidad basada en la ignorancia de la que habla Gide a su regreso de la URSS? Esto es un consuelo para el espíritu, pero un tormento para el corazón. Gide, tipo edípico por excelencia, el edípico que ha sido tan perturbado por la presencia del padre, que su vida sexual se ha visto irremediamente afectada, Gide, este burgués decadente, como decía hace poco de él la crítica marxista y como lo repite hoy, está más cualificado que cualquier otro para sentir y expresar esas dudas. Es terrible tener que desear que algo llegue y, al mismo tiempo, tener miedo de su llegada; es terrible el saber que no puede haber nacimiento sin dolor, saber que nuestra actitud delante del problema social solo puede ser algolagnista.<sup>1</sup> ¿Pero el socialismo será un nacimiento si no ha estado precedido de dolor, y si nosotros no estamos angustiados? ¿La civilización será nueva si no destruye una parte de su herencia? El socialismo es algolagnico en sus elementos físicos y psíquicos, es el trastorno económico, el abandono de situaciones sociales, de la familia, de seres que amamos y, lo que no es menos terrible, el abandono de ideas y sentimientos que nos son preciados. Hay sentimientos que ya no podremos apreciar, la vida de Gide expresó esta ambivalencia mejor que cualquier explicación; ¡hay poetas a los que ya no podemos amar, obras cuya destrucción debemos descubrir con alegría!

*“Sale vie, sale vie, mélangée à la mort” (“Sucia vida, sucia vida, mezclada con la muerte”)*

Qué hay más expresivo, más profundamente verdadero que este grito que deja escapar Tristan Tzara, también él mismo, mezcla de tantas contradicciones.

Empujados por el instinto de retorno, no lamentamos lo que con ferocidad nos esforzamos por abandonar. ¡Inconsecuencia, dirán unos! – Ambivalencia, responderemos nosotros.

Evidentemente, este diagnóstico no nos da, no nos dará, más felicidad, pero consigue satisfacer una parte de nuestra curiosidad, y esto, ¡ya es algo! La felicidad no puede hacerse sin conocimiento. La felicidad completa no puede ser más que conocimiento. Y solo el futuro podrá decir si lo que está siendo destruido hoy constituye una irreparable pérdida.

Si el problema del conocimiento, si cualquier progreso, por poco relevante que sea, no puede llevarse a cabo sin haberse desprendido previamente de la atadura edípica, de tal manera que el problema de la inmortalidad continúa siendo un problema post-social, sin embargo, la necesidad objetiva de crear un mundo nuevo, mediante la reacción psíquica que provoca y que se manifiesta a través de un incremento del antagonismo de los dos instintos fundamentales: el instinto de retorno y el instinto de adaptación, la convierte en actual; esta actualidad se refleja en el plano social y moral en el antagonismo entre reacción y revolución, fascismo y comunismo. Desde el punto de vista finalista, que es el punto de vista del comportamiento, el mundo que los fascistas y los revolucionarios intentan crear refleja necesariamente todas sus aspiraciones. La superestructura social, el mundo de la sublimación, será interpretado siguiendo las tendencias del retorno o de la adaptación. El esfuerzo científico, los objetos de interés artístico, serán interpretados en un sentido o en otro (este es el caso de Rimbaud que ya he citado, y que me sirve de nuevo para ilustrar mi tesis). La interpretación que nosotros damos al arte y a la ciencia sirve para reforzar nuestro punto de vista moral, el aspecto ético de la adaptación o del retorno.

## LOS HIJOS MENORES

No es solamente Rimbaud quien es presa de la inteligencia paranoica puesta al servicio de la reacción, sino también el marxismo, que el reformismo de Berstein, de De Man o de Stalin, emplea para volverlo contra el proletariado, contra la única fuerza social que es capaz de asegurar la nueva adaptación. Después de las falsas interpretaciones de los escritos de Marx, la reacción ataca al psicoanálisis. No solamente Adler y Jung, sino el mismo Freud intentan poner el psicoanálisis al servicio de las fuerzas regresivas. Jung lo hace conscientemente por espíritu reaccionario, Adler por ese espíritu pequeño-burgués, reformista y socialdemócrata que caracteriza toda su actitud y Freud por debilidad. La audacia científica de Freud se redime con un sorprendente conformismo social. Se diría asustado por los resultados prácticos a los que le ha conducido su genio. Moralmente, Freud reproduce la actitud de la burguesía, y parece querer destruir su obra llamando a la única fuerza que la reacción posee hoy en día: la fuerza de matar. Para congraciarse con esta burguesía, que tras haberse burlado durante mucho tiempo de él, al fin le reconoce, Freud quiere dotar a la muerte de una potencia igual a la de la vida y la eleva al rango de instinto. El instinto de muerte salvará a Freud, al Freud burgués de sus audacias revolucionarias. ¿No es la máxima moral de Freud *“si vis vitam, para mortem”* (*si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte*)?

Pero ya hemos señalado que Freud solo es reaccionario de una forma inconsciente, es por ello que le corresponde a Jung, un reaccionario consciente, el arrogarse la tarea de exponer una doctrina del comportamiento humano, una moral que tiene por objeto adaptar al hombre a la muerte. Jung compara la vida del hombre con la trayectoria del sol durante el día. Con ella se distingue el amanecer, el cénit y el ocaso. El cénit de la edad del hombre son los cuarenta, he aquí porque es una edad tan crítica. Exige por nuestra parte, dice Jung, un esfuerzo de

readaptación, y la aceptación de una actitud que nos prepare a morir. Para Jung, una de las grandes causas de los trastornos de nuestra época proviene de esta falsa moral que consiste en perseverar en ser joven, cuando físicamente ya no tenemos fuerzas para serlo. ¡No sabemos envejecer, se lamenta!

La analogía que traza Jung entre el recorrido del Sol y la vida del hombre, es puramente arbitraria, y no se fundamenta sobre ningún encadenamiento causal. Si la noche tiene un profundo efecto sobre nuestra vida es porque evoca a nuestro inconsciente las condiciones de la vida uterina. Pero el hombre, en su esfuerzo de adaptación, se aleja cada vez más de la vida intrauterina, reacciona contra una tendencia regresiva y trata cada vez más de vencer la noche. Ya las ciudades no duermen, se esfuerzan en prolongar artificialmente el día.

Si la muerte no es un proceso biológico y tiende a ser superada, tampoco el envejecimiento puede ser una fatal necesidad biológica y es preciso que lleguemos a superarlo. Todo proceso que nos aleja de la muerte ontogénicamente no puede ser más que doloroso. Pero filogenéticamente es progresivo. Desde el punto de vista político la teoría de Jung no puede servir más que a la reacción. Cuando el jefe-amante envejezca, si se convierte en rey, pediría a una ética de la vejez el socorro afectivo que necesite. El deber de todo revolucionario consciente es combatir la vejez, combatir todas las formas de reacción, todas las manifestaciones reaccionarias de la vida política y moral, todas las interpretaciones reaccionarias de la materia o de la forma.

Para evitar ser arrastrados por la fuerte corriente que se opone a nuestras aspiraciones conscientes, incluso los más revolucionarios de entre nosotros –porque inconscientemente sufrimos con la idea de que debemos abandonar un mundo al que estamos atados, porque nuestra actitud es algolágnica– están obligados a mantenerse continuamente en alerta. ¡Seamos plenamente conscientes de que todo puede ser interpretado en términos de regresión, de fascismo y de muerte!

Así, Mirsky<sup>2</sup> ha interpretado a Eliot en términos de muerte y de retorno; pero si Eliot y la *Tierra Baldía* tienen un interés formal, deben poder ser interpretados en lenguaje revolucionario. Es necesario que las críticas revolucionarias sean clarividentes. La crítica que Mirsky hace de Eliot es uno de los documentos más importantes del drama que se interpreta actualmente. Mirsky no es un crítico revolucionario, su inspiración es burguesa, y la aplicación que hace del marxismo es floja, pero su personalidad es interesante y fuerte. Atraído por el futuro, tiene los ojos constantemente puestos en el pasado; nos dice “avanzad”, cuando lo que querría decir es “volved atrás”; se volvió comunista después de haber combatido en un ejército blanco y porque es demasiado clarividente, y con muy buen juicio para quedarse con la reacción, va a la URSS, no por amor a la vida, sino por miedo a la muerte, por miedo a tener que ir a Roma o a Berlín. Mirsky toma estas decisiones por miedo a tener que tomar otras, va contra Eliot para no estar del todo con Eliot. He aquí porque quiere juzgar a Eliot de forma contraria a lo que siente. Mirsky siente muy bien estos elementos de retorno, por lo que ha entendido que Eliot es un representante típico de esta fuerza de sublimación que se pone al servicio del instinto de retorno. Mirsky es un gran crítico burgués, mientras que su ídolo, Eliot, encarna ese reaccionario dotado de una gran capacidad de sublimación. Eliot ha logrado expresar el comportamiento fascista: la negación de la creación, la muerte, que es el elemento masoquista del complejo fascista; y ha conseguido, por otra parte, por el mismo hecho de producir una obra, expresar la negación de la muerte y una insistencia en vivir, hacia y contra todo; por eso Eliot se ha convertido en el representante más típico de la contradicción fascista.

En este mundo de la reacción, es muy diferente la personalidad que Proust encarna. El autor de *A la búsqueda del tiempo perdido*, simboliza el deseo de crear, esta voluntad de hacer una obra, que, por razones ajenas a su talento, terminó en un fracaso. Proust probablemente es una personalidad de mayor alcance que Eliot, sus intereses son más vastos, pero al no lograr relacionar sus sentimientos con la vida concreta, su inmensa tentativa fracasa. Su obra se malogra. Lo que queda de Proust es lo que quería hacer.

Esto es lo que también quedará de Mussolini. Como la obra de Proust, su obra también desaparecerá, pero la historia recordará su nombre, como se acuerda de Juliano el Apóstata, cuya influencia se desvaneció rápidamente y cuya obra es ilegible. Las diferencias entre Proust y Mussolini no son más que diferencias de materia debido a las exigencias del arte y la política, y no pueden ser las mismas. Proust no puede ser Mussolini de igual manera que Rimbaud no hubiera podido ser Lenin. Proust es civilizado cuando Mussolini es ya un bárbaro, pues la política en esto adelanta al artista, o más bien retorna allí donde el artista no puede regresar, a un estadio de la vida donde la personalidad es disminuida y limitada, de tal manera que las expresiones más perfectas de la sublimación y de la superestructura son negadas. Pero Mussolini y con más razón Hitler, no tienen nada de bárbaros primitivos; su barbarie es una barbarie no de comienzo, sino de fin. Encarnan no una manifestación de progreso, sino de regresión. Expresan no la fuerza de un movimiento sano, sino de un movimiento patológico. Son ejemplos de una mutación psicopática; su fantasía no es la visión de un genio, sino el delirio de un loco. Como en todos los tiempos, el mundo actual produce locos y genios, pero el mundo de la reacción está tan aterrado por la realidad revolucionaria que acude a esta locura que, en lugar de hacer del sueño un elemento de vida, hace de la vida un insuperable obstáculo.

Ni Mirsky, ni Eliot, ni Proust son unos locos, no destruyen la vida, sino su vida. Lo que vieron, lo que comprendieron, es decir su obra, vive y pertenece a los que quieren acordarse y descubrir; su obra pertenece al mundo que reclama para sí los resultados de los anteriores esfuerzos de sublimación científica o artística, al mundo que quiere ver y saber y que no devuelve estas dos verdades contra él, como el histérico, que hace del arte una conversión enfermiza, y como el obsesivo que hace del descubrimiento una alucinación.

Esta realidad a la cual el mundo de hoy debe hacer frente, ésta donde la oposición entre deseo y realidad alcanza ahora tal violencia que el principio de placer mismo parece escindido en dos, es expresada por Gide. ¿Quién es Gide, sino la encarnación de esta ambivalencia que hace que su esfuerzo llegue a ser un continuo vaivén entre el arte y la histeria, la verdad científica y la obsesión? ¿Es esto lo que le da esta valerosa lucidez a la cual, sin embargo, le falta terriblemente la audacia de la acción y la fuerza del movimiento? Gide está entre el nacimiento y la muerte. Es sin más, nuestro contemporáneo.

## **EL SUPERHEROÍSMO**

La idea de un nuevo nacimiento, la idea de la muerte, simboliza lo mismo: el trauma del nacimiento. Así, en el punto más álgido de la lucha edípica, en el momento en el que el padre o el jefe se convierten en un obstáculo tan grande que la humanidad siente la necesidad de deshacerse de ellos, bien mutándolos o acrecentándolos, haciendo de ellos dioses o *duces*, o abatiéndolos por medio de un victorioso avance sobre el camino de la vida; en el momento en el cual el combate contra el padre es más violento, cuando esta realidad esconde otras

realidades, empezamos a sentir de nuevo obscuramente en el fondo de nuestro ser la existencia de una realidad antigua y nueva, pre-edípica y pre-totémica; justo antes de separarnos del padre, actualmente todos los humanos revolucionarios y reaccionarios nos oponemos inconscientemente a identificarnos con el padre, porque ya no es posible adaptarse por ambivalencia a los efectos complejos de las contradicciones históricas. A grandes gritos reclamamos la madre, o un sustituto –la muerte o un renacimiento.

Si es el renacimiento lo que debe prevalecer, tal vez el hombre superará la contradicción entre nacimiento y muerte, y tal vez la vida encontrará para el hombre la senda de su destino. La lucha está ya comprometida, debe proseguir y recordar este pensamiento admirable de Anaxágoras, demasiado verdadero y demasiado terrible como para ser olvidado y rechazado: *Los hombres perecen porque no pueden unir su inicio a su fin*. Veinticinco siglos después de la muerte del filósofo de Crotona, gracias a Otto Rank, este pensamiento vuelve vivo y terrible. Ya Hegel redescubrió a Heráclito y ahora Freud retoma la idea pitagórica de la catarsis, el nuevo espíritu científico es pitagórico en su esencia, la biología redescubre a Anaxágoras, la psicología a Alcmeón, el psicoanálisis, con el principio de libre asociación retoma la idea de otro filósofo pre-socrático, Zenón. Y, sin embargo, ¡cuántos siglos han hecho falta, cuántos esfuerzos, para que el verdadero genio griego, que no tiene nada que ver con la Grecia de Sócrates y de Fidias y de la Atenas burguesa de Pericles, formalista, anti-romántica y anti-jónica, imperialista y patriarcal, se imponga en nuestra conciencia! La reacción ateniense, que, bajo un cierto punto de vista, fue tan importante, fue, no obstante, bajo otro punto de vista, nefasta, porque asfixió los más poderosos pensamientos y el arte que provenían de Jonia.

La fe cristiana o la fe mahometana que hoy se dan la mano en la España de Franco, acabaron la tarea ateniense quemando todo lo que arduamente construyó el pensamiento. Es el fuego que consume, destruye y devasta; son las llamas que crepitan sobre las piras de libros amontonados en Alejandría o Berlín.

El genio de Jonia, el romanticismo alemán, la revolución rusa, el surrealismo de París, estos elementos de nuestras vidas ¿deben correr la suerte de las obras de los revolucionarios anteriores? ¿Serán rechazados y quemados?

La idea y el sentimiento de retorno a la madre nos acercan a la fuente primera de esta actitud de indagación, de la *esencia* de las cosas que fue por excelencia efesio. Nosotros hemos descubierto ahora que la *esencia* es psíquica y maternal. ¿Pero este retorno, en tanto que concentración de fuerzas cognitivas, nos permitirá al fin realizar este salto que romperá los lazos que atan al niño a la madre? Si falla este nuevo esfuerzo, ¡Jonia perecerá de nuevo!

Pero para luchar, los humanos deben sintetizar todas sus aspiraciones. Para que la realidad devenga surrealidad, los humanos deben adoptar una actitud subjetiva que responda a las exigencias de su energía revolucionaria y erótica. Para que el amor llegue a crear esta unión que no es otra que la inmortalidad, es necesario, por la unión, superar el amor y devenir superhéroe. Es hora que los humanos militen contra los signos de pérdida que producen el aniquilamiento. Adoptemos hacia la vejez un menosprecio activo, y no admiremos en los viejos más que lo que continúa siendo joven en ellos. Comencemos por librar al inmundo Jung a esas llamas que queman las iglesias de España; odiémosle con este odio que apunta a cualquier dogma, cualquier iglesia, cualquier forma internacional de reacción, ya este revestido con la sotana o el sombrero de copa, de una camisa o no importa cual otro uniforme, o forma de uniformidad.

Ser Superheroico no significa consagrarle un culto a Nietzsche. Nada más opuesto al superheróismo que el superhombre del Manfred post-byroniano, pequeño-burgués, anarquista y edipiano. Nietzsche solo sueña con reemplazar al padre por un nuevo demonio, tan tiránico como su predecesor. Nietzsche rebaja la revolución al rango de revolución palaciera. En lugar de un padre, todo lo que ofrece es un nuevo padre. Zaratustra perpetúa la monótona historia de dinero e incesto de la que el mundo está saturado.

El superhéroe no es el hijo más joven. Si el último nacido se hace el protector natural de la madre es porque él es, de sus hijos, el que le queda más próximo. Él debe defenderla. El hijo menor encarna la esperanza de la víctima y de la debilidad. En nuestra época, los hijos menores son Freud o Eliot o Gide, que son héroes, pero unos héroes demasiado atados al pasado. El hijo menor es en el fondo el protector de la víctima que ama la debilidad de la víctima. Mientras que el superhéroe, si protege a la víctima, si venga al débil, lo hace sobre todo porque odia al déspota. El superhéroe no es el hijo más joven sino solamente este menor que ya no quiere tener madre, el que quiere ser hombre y que quiere que su madre vuelva a ser una mujer que no dependa de nadie, ni incluso de él. Tal vez, incluso, el primer superhéroe será una mujer. El superhéroe quiere reemplazar el nacimiento por la vida y la madre por el futuro. Alimenta en su corazón el odio de la influencia del pasado, y un deseo que pone todo su sueño en la vida.

No pienso que el superhéroe sea una simple quimera. No esperamos verlo aparecer como la religión judía espera la revelación del salvador. Las transformaciones que se producen a nuestro alrededor son tan profundas que todo ser que nace tiene la suerte de devenir nuevo. No creo que la lucha del revolucionario prosiga en vano. Si no lo esperase, este libro no habría sido escrito. Tengo confianza en la humanidad. Muchos ejemplos del pasado, y algunos contemporáneos, nos dan la certeza que la humanidad puede ser muy grande.

El superhéroe no es un discípulo de Sócrates ni un nuevo Platón. Si Sócrates superó la angustia de la muerte fue sometiéndose al envilecimiento de la fatalidad. Sócrates es casi un superhombre. Nietzsche, detestándolo, se siente obligado a amarlo, porque el superhombre termina siempre por traicionar al hombre al que pretende servir. El hermano menor deviene también él fácilmente un déspota y únicamente domina la angustia de su muerte. Los discípulos de Sócrates viven en el temor perpetuo de que la voz del maestro se apague. El sofista, cerrando los ojos ante el esfuerzo del género humano, solo vio al hermano y ha traicionado la tentativa jónica. Sócrates capitula ante lo que el género humano quiere vencer. En esto Jung es un discípulo de Sócrates.

El superhéroe es prometeico, como Escila, como Heráclito, hace del fuego el sexo de su pensamiento.

El superhéroe es pitagórico, va hacia el descubrimiento de la tetrarkis, busca esta forma de conocimiento perfecto que solo puede ser memoria completa y juicio definitivo.

Este conocimiento que solo puede ser inmortalidad, vida, vida liberada de la angustia y el sueño, la vida donde todo deseo se hace vida.

*¡Eternidad – amante del mundo!*

## Notas



1 Algolagnia, palabra médica procedente del griego clásico (algos: dolor; lagnia: placer) y que se refiere al erotismo del dolor, al placer sexual derivado de sensaciones dolorosas.

2 D.S. Mirsky (1890-1939) Historiador político (escribió en 1931 una biografía de Lenin) y crítico literario, especialista y traductor de diversos poetas ingleses al ruso y rusos al inglés. *T. S. Eliot and the end of Bugeois Poetri (TS Eliot el fin del poeta burgués)*. Murió en el Gulag.